

Norman Lebrecht

¿POR QUÉ BEETHOVEN?

UN FENÓMENO EN CIEN OBRAS

Traducción de Barbara Zitman

Alianza Editorial

Título original: *Why Beethoven? A Phenomenon in 100 Pieces*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Norman Lebrecht
© de la traducción: Barbara Zitman Roos, 2024
© Alianza Editorial, S. A., 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-800-6
Depósito Legal: M. 15.865-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Prólogo.....	15
Introducción	25

Primera parte: Beethoven

1. No es patética.....	31
2. Silencio, por favor	36
3. Por la calle.....	43
4. Bon-Bonn	46
5. El tercer hombre.....	50
6. Odio la música.....	55
7. Toma eso, profesor	58
8. Cuatro veces seis.....	60
9. Miren al pajarito.....	63
10. Santo loco	67
11. Llamada de Berlín	72
12. El amado de Dios.....	74
13. Obras maestras.....	77
14. Con patatas fritas	79
15. Cesta de deplorables.....	85
16. Slava	87

8 ÍNDICE

17. Gordo	90
18. Conozca a su fabricante	93
19. Ojos irlandeses	98
20. Sencillo, ¿verdad?.....	103
21. De primera.....	105
22. El ciclista.....	106
23. Reseña tardía	113
24. El mágico siete	116
25. Al diablo con los editores.....	119

Segunda parte: Beethoven enamorado

26. Soy tuyo, o de tu hermana.....	125
27. Te amo	132
28. Un judío enamorado	136
29. Cara B.....	139
30. Dicotomía.....	141
31. Muñeca china.....	145
32. China rota.....	156
33. <i>Vita brevis</i>	160
34. ¿Quién va primero?	163
35. Estrella fugaz	165
36. Cómo tocar	167
37. Comer como Beethoven	169
38. Fracasa mejor	173
39. <i>Light my fire</i>	176

Tercera parte: Beethoven inmerso

40. Ningún héroe	181
41. Robado	188
42. Polos opuestos	191
43. Cabeza o corazón	194
44. Plaza Roja.....	197
45. Históricamente informado	201
46. Vientos de época	206
47. Trompa de postillón	207
48. Páginas en blanco	209
49. El concierto.....	213
50. Tales astillas.....	221

51. Notas negras.....	223
52. <i>Rode ahead</i>	235
53. <i>Ars longa</i>	237
54. Tiempo de humor	239
55. Fruslerías	243
56. Marcador de críquet	244
57. Sigue adelante	247
58. Mortal.....	249
59. Tictac	252

Cuarta parte: Beethoven encerrado

60. No oigo.....	257
61. Primavera	265
62. Dos elevado a cinco	269
63. ¿Demasiado fácil?	271
64. Fantasmal.....	274
65. El hijo menor	276
66. Tributo al César.....	278
67. Dios sabe.....	280
68. Amén	283
69. El concierto del director	288
70. La letra V	290
71. Cruel.....	299
72. Accidente de carro	302
73. La flor de Dios	304
74. Infierno en la tierra.....	306
75. El mejor momento de Lola.....	316
76. El apóstol	319
77. Mira, una mano	322
78. Delicia turca.....	326
79. Los cuarenta principales	328
80. Al borde de la butaca.....	337

Quinta parte: Beethoven en apuros

81. Perdiendo el control	345
82. Cenizas a las cenizas	350
83. <i>Sally in our Alley</i>	354
84. Un amigo de hecho	357

85. Lo peor	360
86. El precio de la vivienda.....	363

Sexta parte: Beethoven inspirado

87. <i>Like a virgin</i>	367
88. Naufragio	371
89. Asimétrico.....	375
90. <i>Ultima vera</i>	378
91. Schubert portador	386
92. Bolas pequeñas	388
93. <i>Gelato</i> con gelignita	391
94. Relatividad	397
95. Melodía del gueto.....	402
96. Coro nuclear	408
97. Cura barroca	421
98. Diabólico	423
99. ¿El final?.....	427
100. En igualdad de condiciones	430
¿Por qué Beethoven?	437
Bibliografía.....	447
Agradecimientos.....	451

Para Beatrice
(1930-2022),
que se lo perdió

PRÓLOGO

Conocí a Till Janczukowicz una tarde de verano de los años noventa, durante un festival bucólico en Schleswig-Holstein. Asistíamos al estreno mundial de un cuarteto de cuerda atonal en un establo, rodeados de vacas frisonas que mugían bajo una tenue llovizna. Entre chirrido y mugido, este joven de cara redonda compartió conmigo su proyecto de que todas las grabaciones clásicas estuvieran disponibles en una única fuente. «Las discográficas nunca lo aceptarán», le dije encogiéndome de hombros.

Un cuarto de siglo después, volví a reunirme con Till para cenar en un restaurante de Kensington. Acababa de recaudar diez millones de dólares y estaba subiendo a su página web toda la música clásica grabada, desde Caruso hasta Yuja Wang. Till había hecho realidad su sueño. Ahora quería colaborar con mi página de noticias sobre música clásica y me pedía ideas.

«Beethoven», le dije.

«¿Por qué?»

«Pronto será su 250 aniversario.»

«¿Qué tienes en mente?»

«Una guía crítica de las obras completas», improvisé.

«¿Cuántas obras?»

«250.»

«¿Grabaciones?»

«Unas quince mil.»

«¿Con qué frecuencia?»

«Diaria.»

«¿Cuándo podemos empezar?», dijo Till.

En el bus de regreso a casa, mi mujer me recordó que tenía programadas dos giras de presentación de mi próximo libro, iba por la mitad de una nueva novela y ya estaba trabajando once horas al día. «¿Cómo vas a encajar esto?»

«Voy a priorizar.»

«No se te da bien», objetó.

«Tú me ayudarás.»

Calculé que, sin hacer nada más, tardaría cuatro años en escuchar quince mil grabaciones de Beethoven. Eso significaría que este libro aparecería en su próximo aniversario, en 2027, lo que parecía muy lejano. Pero, pensándolo bien, ¿realmente necesitaba examinar todos los discos? Como discófilo omnívoro que soy, conozco el catálogo tan bien como Demetrio conocía la biblioteca de Alejandría y Elias Canetti las estanterías de libros en su *Auto de fe*. Gran parte de lo que hay en los depósitos son duplicados y trivialidades. Si eliminaba la lista de vanidades, las reediciones y los casos perdidos, podría reducir mi análisis a un millar de grabaciones. Eso ya empezaba a parecer casi manejable; incluso divertido.

Toda la investigación estaba hecha, no hacía falta viajar más en busca de información. El mundo de Beethoven era tan pequeño como una caja de cerillas. Vivió en Bonn y Viena;

nunca vio el mar. Pasaba sus vacaciones de verano en un balneario. Yo había visitado sus casas, sus hoteles, sus bosques, sus lagos, su tumba. Su vida era sedentaria, sin incidentes, con pocas alegrías y muchas depresiones. Casi autista, fracasaba regularmente en el amor y probablemente nunca tuvo relaciones sexuales, al menos no dentro de una relación conocida. A los treinta y un años ya se había quedado completamente sordo, y su vida social se reducía a los garabatos de sus cuadernos de conversación. Vivía en la miseria y ofendía a los visitantes con olores nauseabundos y suelos mugrientos. Sin embargo, aunque ahuyentaba a la gente, Beethoven llegó más profundamente a la condición humana que ningún otro músico. La música de Mozart y Haydn gustaba a todos, pero la de Beethoven superó la comprensión de los mortales y, sin embargo, él (parafraseando a Churchill) «siguió ahondando». Siempre profundizaba más; era un hombre hecho a sí mismo en una misión hecha por sí mismo. En la época de sus últimas obras maestras ya no está claro si sabe adónde va.

Tenía la peor discapacidad que puede sufrir un músico: la incapacidad auditiva. Solo por ese hecho, su triunfo es único. Que Beethoven compusiera es un milagro de por sí; que escribiera por encima y más allá de cualquier música que se hubiera escuchado hasta entonces casi desafía la comprensión. Como un papa en una pandemia, se dirigió al de arriba; sin embargo, Beethoven nunca asistió a una iglesia. No se sabe a ciencia cierta en qué creía. Componer sin poder escuchar la obra ni ajustar los detalles es un acto de obstinación creativa sin parangón. También es una fuente de inspiración para que todo ser humano con una chispa de creatividad siga creando arte mientras pueda respirar y tenga algo que comer.

¿Por qué Beethoven? Esta pregunta me ha perseguido toda la vida. ¿Cómo pudo escribir el Concierto «Emperador» mientras se encogía de miedo bajo los cañones de Napoleón?

¿Qué le impulsó a romper las convenciones añadiendo cantantes a una sinfonía y siete movimientos a un cuarteto de cuerda? ¿Por qué «Für Elise» es la obra para piano de mayor éxito en China? ¿Significa hoy su música lo mismo que antaño o su forma cambia con el tiempo? Solo podía responder a esa pregunta acercándome a Beethoven a través de su música y de las formas en que ha sido interpretada y reinterpretada en grabaciones por artistas tan dispares como el barbudo Joseph Joachim y Yuja Wang, con sus características minifaldas. Cada generación y cada artista encuentran un Beethoven distinto. Como en Shakespeare y en la Biblia, la interpretación es tan importante como el texto.

Haciendo un guiño al libro de Neil MacGregor *La historia del mundo en 100 objetos*, empecé a ordenar las obras de Beethoven en cien capítulos. No tenía sentido seguir el orden del catálogo desde el opus 1 hasta el 138 porque la datación no es fiable y porque con Beethoven no hay un orden determinado de composición. Un tema para una cantata real, improvisado a los diecinueve años, acabó convirtiéndose en el clímax de su ópera *Fidelio*. Los fatídicos golpes de efecto de la Quinta Sinfonía provienen de un juvenil esbozo para dos pianos. A veces Beethoven trabaja en bloques: compone media docena de sonatas o cuartetos de cuerda y luego transcurre una década hasta la siguiente serie. Se encuentra atascado con un fajo de canciones irlandesas cuando, de la nada, surge la «Hammerklavier». Sus obras se amontonan en un desorden creado por él mismo, y deja a sus cronistas la libertad de encontrar los nexos entre ellas. Al hacerlo, seguimos su mano por las páginas manuscritas y encontramos vacilaciones, interrupciones, tachaduras, manchas de comida; todas ellas forman parte del proceso de creación.

Tras muchas deliberaciones, decidí analizar las obras partiendo de un punto central para avanzar desde allí en ambas

direcciones, como hacen los pianistas cuando tocan las treinta y dos sonatas en un ciclo a lo largo de una semana: nunca en orden de publicación, sino mezclando obras de distintos periodos para descubrir su coherencia. El monólogo interior de Beethoven no discurre de una partitura a otra, sino entre un puñado de ideas globales que forman las arterias de su corpus creativo.

El lugar para conocer a Beethoven es la música. Dado que cada quien se relaciona con la música de un modo personal —según el lugar y la época, el aprendizaje y la herencia, las rarezas y los dones—, todo acercamiento a Beethoven está destinado a ser subjetivo y cada estudio expondrá tanto de uno mismo como del tema. En el transcurso de este libro, me he visto confrontado con traumas infantiles enterrados desde hace mucho tiempo, con percepciones de relaciones adultas y con varias directrices que Beethoven trazó en mi vida. Al revisar caminos de investigación descuidados, también me he tropezado con la chocante identidad de la enigmática «Für Elise», entre otros misterios, y con las muy diversas raíces de la etnia original de Beethoven. Beethoven existe, en la vida, en las partituras y en las grabaciones, como un subconsciente latente en nuestras vidas, una astilla bajo la uña, un recuerdo enterrado que florece en momentos inoportunos. Buscar a Beethoven a través de su música, a lo largo de doscientos cincuenta años, es el propósito de este libro.

La mayoría de los biógrafos describen a Beethoven como rebelde, desaliñado, violento con sus subordinados, grosero con sus amigos, una persona a la que no vale la pena conocer. Después de pasar dos años en su compañía, yo lo veo como un ser humano casi ideal. Es resistente al destino y asombrosamente independiente, no sirve a la Iglesia ni al Estado. Pasa de una composición a la siguiente sin saber quién se las pagará. Cree que cada día, en la mayoría de los aspectos, puede

hacerlo mejor. Trata a críticos y admiradores con el mismo desdén.

En medio de una Viena jerárquica, Beethoven se niega a arrodillarse, como hizo Mozart, ante los hombres del poder e inventa una forma reconociblemente moderna de patrocinio artístico: un mecenas que paga por la música a cambio de una mención (¿quién habría oído hablar de Waldstein de no ser por su sonata?). Cuando los ricos y poderosos le dan órdenes, él les hace oídos sordos. Estrena su Novena Sinfonía durante un fin de semana en el que ellos están en sus casas de campo y él puede relacionarse con los verdaderos amantes de la música. Su visión del mundo es voluntariamente reducida. Es ignorante en ciencia, no tiene ningún interés por la filosofía, desconfía de los médicos, odia a los abogados, desprecia a los terratenientes, no tiene propiedades. Habla alemán, lee latín, sabe una pizca de francés: no necesita nada más.

Sus hábitos son sencillos. Compra lápices y plumas de la mejor calidad; no tiene traje ni chaqueta de vestir; sus zapatos son rústicos. Toma café en el desayuno y vino por la noche. Orina en una bacinilla y la guarda debajo de la cama, olvidándose de vaciarla. Cuando ya no puede orinar más, se muere, con dignidad. Cuanto más sigo su mano por las páginas, más reverencio su enorme omnisciencia desde una base tan mundana. ¿De dónde sacó Beethoven la idea de que un simple músico podía cambiar el mundo?



Antes de que llegase a escribir la primera palabra en el ordenador, mi mundo se apagó. El 9 de enero de 2020, a pocos días del 250 aniversario de Beethoven, el pianista israelí Ammiel Bushakevitz llegó al Gran Teatro de Wuhan, China, para interpretar el Triple Concierto de Beethoven. El teatro, un alarde de

prosperidad posmaoísta en rojo y dorado, estaba lleno. Ammiel, que ya había tocado allí en otra ocasión, percibió cierta inquietud. «Sin duda, había rumores sobre un coronavirus, nuestros guías y traductores lo mencionaron», me escribió en un correo electrónico. Siete días después, cerraron la ciudad de Wuhan. Ninguno de nosotros sabía aún lo que se avecinaba.

Esa misma semana, durante su luna de miel en las islas Galápagos, un joven matemático vio tortugas que estaban vivas cuando Charles Darwin visitó las islas en 1835. «Había carteles por todas partes que indicaban que nos mantuviéramos a dos metros de ellas», cuenta el profesor Adam Kucharski. De regreso en Londres, un funcionario del gobierno le preguntó cuál era la mejor distancia que se podía mantener entre las personas durante una pandemia. «Dos metros», respondió Kucharski. Así es como se forjan las reglas inquebrantables.

En marzo, la COVID-19 llegó a Occidente. El primer fallecimiento del que tuve noticia, el 12 de marzo, fue el de Luca Targetti, director de reparto de La Scala de Milán. Cada mañana aparecían más noticias trágicas. A Dmitri Smirnov, compositor ruso afincado en Inglaterra, le faltó el aire repentinamente. Una directora de orquesta brasileña, Naomi Munakata, se contagió por la falta de mascarillas en los ensayos. Ambos murieron. Vincent Lioni, viola, dejó mudos de dolor a sus colegas de la orquesta de la Metropolitan Opera. Un crítico musical falleció en Madrid, un dramaturgo en Manhattan, un cuarteto de cuerda perdió a su chelista, un compositor indio murió en las escaleras de un hospital.

Mientras el cielo se vaciaba de aviones y las calles de coches, me senté en un patio soleado a escuchar el canto de los pájaros. Cantaban más suavemente, pues ya no competían con las máquinas. Compré en AbeBooks un libro titulado *Was Beethoven a Birdwatcher?* [¿Fue Beethoven un observador de aves?]. Debió de serlo, ya que en la Sinfonía «Pastoral» una

flauta hace de ruiseñor, el clarinete imita a un cuco y un oboe emite una especie de lamento de codorniz. En un abril inquietantemente caluroso, las golondrinas regresaron de África, burlándose de nuestras restricciones de viaje. Durante la primera apertura del confinamiento, corrí colina arriba hasta la estación, dispuesto a romper todas las normas para ir a oler el mar. Beethoven, que no conoció el mar, evitó que me saltara una barrera.

Un día mi nieto adolescente se instaló en casa. No sabía nada de Beethoven. Mientras yo supervisaba sus deberes, su tiempo frente a la pantalla, su actividad física, sus horas de sueño y su alimentación, imaginé a Beethoven cuidando de su sobrino huérfano sin tener las habilidades domésticas más elementales. Beethoven se volvió medio loco en el proceso y su sobrino estuvo a punto de suicidarse. No era un modelo de paternidad práctica.

En las crisis de la vida solía preguntarme qué habría hecho Gustav Mahler en circunstancias similares. Durante la pandemia de COVID-19, no me atrevía a escuchar a Mahler sin saber cuándo podría volver a oír su música en una sala de conciertos. La de Beethoven, por otra parte, siguió sonando. Tenía música para todos los medios, para todos los estados de ánimo. Los músicos tocaban piezas de Beethoven en sus habitaciones, las compartían por Zoom y colgaban los resultados en YouTube. Desde la cocina de su casa, en el centro de Inglaterra, una mujer dirigió las nueve sinfonías por Zoom para aficionados de todo el país. Medio millón de habitantes de Filadelfia vieron por *streaming* la Quinta Sinfonía. Cuando llegaron las vacunas, la música de Beethoven sonó en las largas colas de brazos descubiertos mientras el mundo intentaba recuperar la normalidad.

También hubo aspectos negativos. Durante el primer verano de la pandemia, hubo voces dentro del movimiento

Black Lives Matter que pidieron que se «cancelaran» aspectos de la cultura occidental. El principal crítico musical del *New York Times* aconsejó que las orquestas impusieran cuotas a los compositores blancos. Un artículo en el *Chicago Tribune* argumentaba que la música de Beethoven debería ser «eliminada» durante un año. Nadie pidió la prohibición de Bach, Mozart, Verdi, Rodgers y Hammerstein o los Rolling Stones; Beethoven ejemplificaba una forma de excelencia y aspiración que se elevaba por encima de la retórica cotidiana y protegía al resto de la civilización occidental. Cuando yo era adolescente, los Beatles cantaban «Roll Over Beethoven»*, declarando difunta a la música clásica. A pesar de su petición, Beethoven perdura, indestructible.

Hay muchos libros que aseguran que pasar un año con Proust, Kafka, Shakespeare, Picasso o Einstein nos hará más felices, más sanos, más sexis y más fuertes. Tengo debilidad por esos libros, y una parte de mí esperaba que vivir con Beethoven durante una pandemia me devolviera una abundante cabellera negra, la presión sanguínea de un atleta olímpico y la capacidad de escribir toda la noche en tres idiomas. No fue así, pero aprendí algunas cosas.

Beethoven nos enseña que las discapacidades físicas pueden traer compensaciones espirituales. Un Beethoven con plena audición no podría haber concebido los cuartetos tardíos, obras en las que va más allá del alcance de sus músicos, más allá del aquí y ahora. Despreocupado por los aspectos prácticos, tocó lo etéreo. No era un hombre espiritual en un sentido religioso o moral: buscaba la divinidad en la naturaleza. No le interesaban el progreso ni la tecnología; nunca se subió a un tren ni se entretuvo con una máquina. No era intelectual ni buen conversador. Era un músico: escribía música.

* Algo así como «Ríndete, Beethoven». [N. de la T.]

Pero cuando el mundo se detiene sobre su eje, como ocurrió durante la pandemia de COVID, no hay guía más sabio, más sensato y más seguro que Beethoven para ayudarnos a cruzar el valle de las sombras y llegar sanos y salvos al otro lado. En las noches oscuras, cuando llorábamos a los muertos del día y temíamos el total de fallecidos del día siguiente, Beethoven, como Winston Churchill en 1940, tenía el sonido de la verdad, de la confianza, de la esperanza. Arrastrando las palabras con la bebida, Churchill guió a mis padres durante seis años de guerra. En nuestros dos años de pandemia, nunca dudé ni por un momento que Beethoven nos ayudaría a salir adelante y que seguiría allí cuando los cielos volvieran a abrirse y voláramos de nuevo por el mundo para abrazar y besar a todos aquellos a los que tanto habíamos echado de menos. Beethoven fue, es y será. Su música es un vínculo de nuestra humanidad compartida. Por qué Beethoven: *una afirmación, no una pregunta*. Porque lo necesitamos ahora, como siempre.

Norman Lebrecht
St John's Wood, Londres, junio de 2022



Para escuchar algunas de las extraordinarias interpretaciones comentadas en este libro, escanee este código QR y obtendrá un enlace a una lista de reproducción en línea.

INTRODUCCIÓN

Beethoven: su vida

No hay mucho que contar. Nació en Bonn a mediados de diciembre de 1770 (posiblemente el 16; fue bautizado al día siguiente). Su padre, tenor en la capilla del elector y profesor de violín, era un hombre rústico y desgraciado, propenso a la bebida y a la violencia. Tras la muerte de su madre, Maria Magdalena, Beethoven se trasladó a Viena. Aclamado como el nuevo Mozart, se reafirmó como dueño de sí mismo; un compositor que escribía a su antojo, no para agradar.

Patrocinado por los ricos, se enamoraba sin suerte de sus hijas. No era mal parecido. Los retratos muestran a un hombre de estatura mediana (en torno a un metro sesenta y cinco), de constitución fuerte, frente amplia y cabello abundante, oscuro y entrecano. Las mujeres le temían por su intensidad. Nunca se casó.

A los treinta y un años se quedó sordo y pensó en suicidarse. Desperdició tres de sus mejores años en una batalla por